

Ser adolescente en la Medellín de Pablo Escobar

Intervención de la periodista Zulma Sierra en la mesa redonda "Medellín: modernidad, innovación y realidades de guerra". Jueves 26 de septiembre de 2013 en la Biblioteca Ignasi Iglésias - Can Fabra de Barcelona (España).

Mi papá falleció este año. A muchos podrá parecerles irrelevante este dato para el encuentro que nos reúne hoy, pero para mí es crucial: mi papá y Medellín son un mismo todo indisoluble. Los mejores y los peores recuerdos que tengo de mi infancia en mi querida ciudad, los asocio a momentos familiares, siempre con mi papá como protagonista.

Cuando yo tenía doce años supe lo que era una bomba, porque el edificio Mónaco, en la parte más cara de la ciudad, explotaba por los aires debido a la detonación de una bomba. Recuerdo que mi papá, acérrimo radio oyente, me dijo con preocupación: "eso es una guerra entre narcos."

La palabra "narco" se introdujo en mi vocabulario como un término imprescindible para explicar todo lo que ocurría a mi alrededor y es que, desde ese momento, el nombre de Pablo Escobar Gaviria aparecía casi a diario en las noticias.

Políticos y periodistas asesinados, personas secuestradas, sicarios contratados por millones de pesos, policías muertos, toque de queda tácito que nos impedía salir de noche; pero al mismo tiempo, una opulencia desmedida, mucho dinero circulante, lujos inimaginables, coches de alta gama circulando por las calles y caballos de pura sangre que se exhibían en las ferias ganaderas a las que mi papá acudía porque amaba los animales.

Fue él, precisamente, quien nos llevó a la finca que Pablo Escobar tenía en Puerto Triunfo, a tres horas de Medellín. Se llamaba Nápoles y en ella, 'el capo' alardeaba de una colección de todo tipo de animales traídos de África y Asia. Fuimos como en safari, metidos en el coche, y mirando por las ventanas a las avestruces, las jirafas, los rinocerontes y los canguros. También ostentaba de la primera avioneta con la que logró entrar su primer cargamento de cocaína a Estados Unidos, pero eso no lo supe sino muchos años después.

En aquel momento, todo aquello resultaba mágico para mí, pero con el tiempo fui comprendiendo que no era otra cosa que la ilusión de la que estaba envuelta una gran tragedia: mi Medellín se desangraba sin descanso y nadie parecía capaz de remediarlo porque había tanto dinero de por medio, que parecíamos condenados a una violencia infinita.

En mi colegio se escuchaban cosas como que al hijo de Pablo Escobar lo llevaban en helicóptero a su propio colegio o que el 'patrón' —como ya se le conocía— regalaba mercados y casas a la gente más pobre de la ciudad para ganarse su lealtad.

Lo cierto era que, en medio de tanta leyenda, había una realidad que yo sí podía palpar: se me prohibía salir de noche a cualquier fiesta adolescente, porque podía explotar una bomba en cualquier momento, y prefería evitar el contacto con cualquier patrulla de la policía, porque a lo mejor pasaba un sicario en moto para cobrarse el millón de pesos que Escobar pagaba por cada uniformado asesinado. Yo hago parte de la generación de las “fiestas de garaje”. Era mejor no reunirse en las noches en locales pensados para adolescentes sino ir a las casas de los amigos, bien resguardados, para montarse un baile con luces tenues y equipos de sonido domésticos.

La ciudad para mí era un círculo pequeño, conformado por mi colegio, mi casa y mi barrio. Ir a las mal llamadas “comunales” o barrios más populares era un riesgo. Sin embargo, conocer los lujos de los que eran capaces los del Cartel de Medellín, parecía una aventura turística. Recuerdo que mi papá nos llevó a una zona del Poblado que yo desconocía pero en la que se acababa de construir un hermoso centro comercial. Monterrey, se llamaba, y allí vi productos de marcas tan impronunciables que me parecía estar como en otro país.

Desde entonces, muchos de mis amigos y conocidos, se esforzaban por tener aquellos zapatos exclusivos o esos vaqueros de corte perfecto. Todo traído de Estados Unidos. Todo muy caro pero muy acorde con la sociedad que estábamos configurando. La apariencia, el clasismo y el arribismo han caracterizado a los medellinenses a lo largo de la historia, pero creo que en aquella época en la que conseguir dinero sin importar los medios era un valor absoluto, se hizo más evidente nuestro afán por parecer lo que no éramos.

Siempre he sostenido que todos, en mayor o menor medida, contribuimos al engrandecimiento del narcotráfico porque nos beneficiamos de sus ganancias. En Medellín se “lavó” dinero con la construcción, el comercio, la importación de muebles y ropa de lujo e inclusive, con obras públicas.

Era como si nadie pudiese estar al margen de lo que el Cartel de Medellín iba tejiendo a través de sus grandes capos y, cómo no, de los llamados “traquetos” o pequeños comerciantes de cocaína.

Y a pesar de que vivíamos inmersos en nuestra ciudad como si fuera una trampa para ratones, nos indignaba que en las noticias a nivel mundial, se hablara mal de Medellín o que en los aeropuertos nos miraran de arriba abajo como sospechando que sólo por nuestro origen, nuestra piel contenía una carga importante de alucinógenos.

Aquel estigma se generalizó para todo colombiano, sin importar su lugar de procedencia, pero el hecho de ser o de vivir en Medellín reforzaba aún más el estereotipo.

Cuando mataron a Pablo Escobar, en diciembre de 1993, recuerdo que estaba sola en la casa y mi mamá me llamó alarmada: “no vaya a salir. Mataron a Pablo”, me repetía. Yo no me lo creía pero cuando me dijo que mi papá estaba oyendo en la radio que habían matado a Pablo Escobar, entonces sí reaccioné.

Estaban de visita donde la abuela, y se vinieron rápido para la casa. Aquel acontecimiento debía ser seguido en detalle, pero a buen resguardo. No sabíamos qué podía pasar.

En la radio explicaban los pormenores del operativo policial y, según las coordenadas, aquello quedaba relativamente cerca de mi casa. No podíamos creer que el capo de capos se escondiera a sólo quince minutos del edificio donde vivíamos. Luego, cuando fueron apareciendo las imágenes en televisión, nos quedamos mudos. Era como si un personaje de ficción, del cual has oído hablar toda tu vida, tomara forma para luego reventar. Como una burbuja, como un espejismo.

Muchos años después, en Barcelona, pude hablar con Pablo, el hijo de Escobar. Venía para promover un documental sobre su vida y explicar que para él ser el hijo de un gran narcotraficante no fue una elección. Contó su propia visión de la ciudad y concluyó que, a pesar de todo el dolor que causó su padre, él no podía dejar de verlo como eso: como su papá.

No pude resistirme y le pregunté si aquella leyenda que circulaba en mi infancia era cierta. Si era verdad que lo llevaban en helicóptero al colegio. Se rio y me dijo que sí, pero que solo había sido una vez porque iba a llegar tarde y a su papá no le gustaba que faltara a clases.

Hoy comprendo que ambos guardamos en nuestra memoria a una Medellín muy diferente. Sin embargo ambos conectamos nuestros recuerdos con nuestros papás. Cada uno en esferas muy diferentes, pero igualmente seducidos por una ciudad de la que no podemos escapar.

Zulma Sierra